

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: La fe - un don y una tarea al mismo
tiempo (parte 3)
(Génesis 22:1-26:33)
(18 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Génesis 21:1-5; 22:1,2; Hebreos 11:11

Por fin, tras una larga espera – llenos de confianza en Dios, desánimo, fracaso y nuevos comienzos – sostienen Sara y Abraham a su hijo Isaac en sus brazos. Ambos se alegran y celebran, junto con sus vecinos y amigos. Este júbilo por el regalo de Dios, que ha provocado tanta risa, también llega a Dios como un gran agradecimiento. Él les prometió un hijo y se los concedió: Isaac, cuyo nombre significa “risa”. Sí, Dios es fiel. Él cumple su palabra. ¡Si eso no es motivo para una risa liberada y agradecida!

Pero entonces llega un día en el que ocurre algo inimaginable: “Dios puso a prueba a Abraham”. Ningún ser humano antes ni después de Abraham ha tenido que superar jamás una prueba semejante. Es extraordinaria y va mucho más allá de toda comprensión. Incluso parece ir en contra de toda moral y dignidad humana. No entendemos a Dios que exige un sacrificio tan insoportable. Parece contradecirse: primero promete y les da un hijo, luego exige su muerte a manos del padre y la quema como holocausto.

Algunos principios bíblicos pueden ayudarnos a soportar la tensión que se genera aquí y aún así permanecer cerca de Dios:

- Dios puede poner a prueba a las personas, a veces hasta el extremo. Pero Él nunca tienta ni induce a nadie al mal (Stg. 1:13).
- El carácter de Dios es bueno en todo sentido. Él es y sigue siendo la bondad y el amor en persona (Jer. 31:3; 1.Jn. 4:8b; 1:5; Stg. 1:17).
- Nuestro pensamiento y nuestra comprensión son limitados. Pero nuestra confianza en Dios puede crecer más allá de todos los límites. El Señor ve incluso la más pequeña “plantita de fe” y protege su crecimiento. (Comp. Gn. 49:22).

“Señor, cuando me pongas a prueba, dame la confianza de que no cometes errores, sino que todo lo haces bien. Amén”.



Día 2

Génesis 22:1-6; Romanos 4:17,18

La extraordinaria exigencia de Dios no cae en saco roto en Abraham. Puede que nos sorprenda, que Abraham haga todo lo que Dios le dice sin contradicciones. Ni siquiera se mencionan aquí sus sentimientos, pensamientos y emociones. Abraham, que “creyó en esperanza contra esperanza”, ni siquiera ahora abandona su fe. Donde no había nada que esperar, él se aferró con esperanza a la fe. Así se pone a disposición de Dios: “Heme aquí”. Solo dos palabras, y sin embargo lo dicen todo. La entrega a Dios no puede ser más completa. Abraham parece descansar con confianza y tranquilidad en la voluntad de Dios. Sin protestas, sin quejas, sin discusiones, pero tampoco con una pesadez insensible. Abraham obedece. Esta obediencia refleja su actitud interior hacia Dios. El anciano padre sabe en quién ha depositado toda su confianza: a “Dios el Todopoderoso”, él que le llamó una vez: “Anda delante de mí y sé perfecto” – en tu confianza y en tu obediencia (comp. Gn. 17:1).

Así, Abraham emprende temprano por la mañana el largo camino con Isaac, su único y amado hijo. Y vemos a los dos partir en silencio hacia la montaña de Moriah. En la mano del padre, el recipiente con las brasas; a la espalda del hijo, la leña. “Fueron ambos juntos”. ¿Hemos notado la similitud con el sacrificio de nuestro Señor Jesús en el monte Calvario?

El Padre celestial se exigió a sí mismo el mayor sacrificio al entregar a su único y amado Hijo y cargarlo con la madera de la cruz. Y ambos fueron juntos. “Padre, ... no se haga mi voluntad, sino la tuya”, así oró el Hijo de Dios (Lc. 22:42). Esto correspondía tanto a su actitud interior como a toda su forma de vida. (Vea Jn. 4:34; 6:38; 17:4.)



Día 3

Génesis 22:7-11

Solo se nos ha transmitido una pequeña conversación entre padre e hijo. Isaac pregunta por el “cordero del holocausto”. La característica de este sacrificio es especial. El holocausto es un sacrificio íntegro. El animal entero, debía ser perfecto, debía ser ofrecido al Señor. Pero, “¿dónde está el cordero para el holocausto?” ¿Qué respuesta dará Abraham?

Ya llevan tres días caminando. También este tiempo es un tiempo de silencio. Solo escuchamos la decisión de Abraham: iremos hasta allí – adoraremos – y volveremos (v.5). ¿No brilla aquí también, en medio de toda la tensión, la confianza de Abraham en Dios? ¿No es lo mismo que podemos deducir de su respuesta a Isaac? Dios se encargará de sacrificio. Él se ocupará. Y con esta confianza, los dos continúan juntos, en silencio y paso a paso.

Pero lo que viene después deja sin aliento: versículos 9 y 10. “Los detalles relatados dan testimonio de la realidad de la obediencia de la fe, que se lleva a cabo bajo la tensión de que aquí Dios con su promesa se enfrenta a Dios con su exigencia. Solo Dios puede resolver la tensión, pero Él determina el momento”, escribe un comentarista. Abraham soporta pacientemente la tensión. En lo profundo de su corazón conoce a Dios como el Señor de la vida y de la muerte, sí, como aquel que puede resucitar a los muertos. (Lea Ro. 4:17; He. 11:11,12,17-19.) Y Dios resuelve la inmensa tensión. Él ya está a punto de intervenir.

¿Cómo acontece esto? Él llama a Abraham por su nombre. Dos veces dice: “¡Abraham, Abraham!” Y él responde con sencillez y disposición: “Heme aquí”. Probablemente esta es la forma más profunda de adoración, cuando el creyente se aferra a la promesa de Dios de que hará todo bien en contra de la demanda de Dios. Aunque no entendamos (ya) a Dios, Él sigue siendo bueno con nosotros.



Día 4

Génesis 22:12-19

La fe de Abraham es puesta a prueba. Solo Dios mismo puede resolver esta tensión.

Él lo hace

- dando una nueva instrucción (v.12a). A los ojos de Dios, Abraham sacrificó a su hijo. Ahora Isaac no necesita ser asesinado.

- asegurando a Abraham: tu reverencia ante mí y tu gran amor por mí, tu profunda confianza y tu obediencia a mi palabra son infinitamente valiosas a mis ojos.

- cumpliendo Él mismo su propia demanda, dando el sacrificio adecuado. Abraham sacrifica un carnero como holocausto. Es el reemplazante para Isaac, y éste no tiene que morir. El padre Abraham no tiene que sacrificar a su hijo. Pero el Padre celestial dio a Su Hijo, al único, al amado y el que era sin pecado. Éste es nuestro sustituto. Él es el perfecto Cordero de Dios que asume nuestra sentencia de muerte y muere nuestra muerte.

Así, en el monte Moriah, allí en el altar del holocausto de Abraham, brilla la cruz en el monte Calvario: aquí el Hijo de Dios derrama su sangre en nuestro lugar, para darnos una nueva vida. (Lea Jn. 1:29; Ro. 8:32; Ef. 5:2; Tit. 2:14; He. 9:14.)

- Reafirmando solemnemente y ampliando su promesa. Todo lo que constituye la vocación de Abraham es y seguirá siendo protegida por Dios. El futuro de la familia está asegurado y bendecido. Además, la bendición de Abraham llegará hasta los confines de la tierra. Por “tu descendencia serán bendecidas todas las naciones del mundo” (Gn. 22:18 trad.libre).

También estamos involucrados en esta historia de bendición, si entregamos nuestra vida confiadamente al Señor Jesucristo. Él es el “hijo de David” y éste un “hijo de Abraham”. Así, la salvación eterna proviene de los judíos. Y al mismo tiempo, Jesús es el Salvador del mundo (Jn. 4:22,42). ¡Qué regalo nos tiene el Señor reservado: Efesios 3:3-8!



Día 5

Génesis 22:20-23:2; Isaías 51:2; 1.Pedro 3:5,6

Antes de hablar de la muerte y el entierro de Sara, se nos informa en el capítulo 22:20-24 “cómo Dios, entre tanto, ha construido el camino de la promesa a lo largo de varias generaciones” (H. Frey). Antes que Sara, la mujer de familia y madre de la fe, muera, Dios ya tiene en mente a Rebeca, la esposa para Isaac. Es la manera de Dios de ocuparse de que su plan se cumpla, incluso cuando los hilos de vida se rompen y nos sobreviene el sufrimiento.

Algún día llega el momento de decir adiós. A la bendecida edad de 127 años, 37 años después del nacimiento de Isaac, muere Sara, la matriarca de Israel y antepasada de Jesús.

Cuando un ser querido ha fallecido, hay dos formas de afrontar nuestro dolor:

- Estamos de luto, lloramos, lamentamos. Y lo podemos, sí lo debemos hacer. Abraham también “vino a hacer duelo por Sara y a llorarla”. Esto lleva tiempo, Todo tiene su tiempo: “Hay un tiempo para llorar, un tiempo para estar de luto, un tiempo para abrazar y tiempo para despedirse” (de Ecl. 3:1-8 NVI; comp. Jn. 11:35,36). Es posible que, tras un intenso período de duelo, Abraham tuviera que aprender a lidiar con el dolor de la pérdida. ¡Qué consuelo es entonces la oración! (Lea por ejemplo Sal. 6:2-4,9 y Jer. 17:14.)

- Miramos hacia atrás. Recordamos al difunto, las experiencias buenas y las menos agradables que vivimos con él. Pensamos en las horas compartidas y las solitarias, en la alegría y la tristeza, y cómo Dios nos guió y nos bendijo.

Al hojear la historia de la vida de Sara nos preguntamos: ¿Qué experiencias y conocimientos, qué dificultades y qué horas felices podríamos comentar? ¿Hay puntos en común con mi vida? ¿Qué quiero aprender de Sara, la madre de fe?



Día 6

Génesis 23:3-20; Romanos 12:18

Abraham sigue viviendo como huésped en Canaán. Él habla de sí mismo cómo “extranjero y forastero – un habitante sin derechos civiles – soy entre vosotros”. Abraham es muy rico, pero no posee ni un metro cuadrado de tierra. Lo único que puede llamar como propio, es el pozo “Beerseba”, que cavó con sus propias manos, por el cual tuvo que luchar enérgicamente. (Lea Gn. 21:25-34.)

Pero ahora hay mucho más en juego. Dios ha prometido: A ti y a tu descendencia daré la tierra para siempre (cap. 12:7; 13:15,17). Hasta ahora Abraham no poseía nada de tierra. Pero ahora ha llegado la hora. Él necesita un lugar propio de sepultura familiar. Sara, él mismo y sus descendientes no debían descansar en tierra ajena, sino en la tierra que Dios les había dado como herencia. (Comp. cap. 25:8-10; 35:28,29; 49:29-32; 50:12,13.) Abraham ya tiene en mente un terreno, cuya compra insiste de manera cortés pero tenaz.

En la negociación llama la atención de que Abraham se inclina dos veces ante el pueblo de la tierra (Gn. 23:7,12). Abraham, que amaba a Dios por encima de todo y confió en Él sin límites, trata con respeto a sus contemporáneos de orientación religiosa diferente. Sin renegar de su fe, Abraham concede gran importancia a la convivencia pacífica y considerada. Es notable, que los hititas por su parte se refieran a él con reverencia, diciendo: “Eres un príncipe de Dios entre nosotros” (v.6). ¡Qué gran honor! Pero, en última instancia, no hay nada heroico en esto, aunque Abraham tuviera mucho éxito en el ámbito militar y empresarial. Sin embargo, siguió siendo modesto y aprendió, a pesar de todos sus errores, debilidades y pecados, a confiar en Dios quien le había llamado y bendecido. En cuanto a nosotros, no solo somos “príncipes”, sino más bien hijos de Dios, hijos del “Rey de reyes” (1.Ti. 6:15). ¿El mundo notará algo al respecto? (Lea Mt. 5:9; Ef. 1:4,5; 5:1; 1.P. 3:8,9.)



Día 7

Génesis 24:1-14; Isaías 51:2

Sara murió a la edad de 127 años. Abraham, por su parte, llegó a cumplir 137 años (Gn. 17:17). Isaac, el único y amado hijo, portador de las promesas de bendición de Dios, tiene 37 años. Él aún está soltero. En lo que respecta a la planificación familiar, Abraham habrá aprendido de su experiencia arbitraria y dolorosa. Lo único que le importa es lo que quiere “Yahveh, el Dios del cielo y de la tierra”. También al “siervo más antiguo”, probablemente Eliezer, el mayordomo de la propiedad de Abraham (cap. 15:2), se preocupa exclusivamente por reconocer la voluntad de Dios y actuar en consecuencia.

¿Qué criterios deben aplicarse?

Isaac no debe abandonar bajo ningún concepto la tierra que él y sus descendientes deben heredar. Al fin y al cabo es la tierra de Dios, que debe ser el punto de partida para su obra salvadora en todo el mundo (cap. 12:2,3; 22:18).

Isaac no debe casarse bajo ningún concepto con una mujer cananea. Los matrimonios multirreligiosos y las familias multirreligiosas no se ajustan al plan de Dios. (Comp. cap. 26:34,35; 27:46; 28:6-9; 36:2,3.) Eliezer debe prometer bajo juramento que tomará la futura esposa de Isaac de los parientes de Abraham. En cualquier caso, Eliezer puede contar con la guía de Dios. Está bajo la protección del ángel que Dios envía delante de él (Gn. 24:7b; comp. Sal. 91:11,12).

Veamos ahora cómo Eliezer cumple su misión: Promete seguir las instrucciones de Abraham. Para el mayordomo importa llevar a cabo con cuidado y fidelidad la importante tarea que se le ha encomendado. Esto incluye también la preparación del viaje que durará aproximadamente un mes (v.9,10).

Eliezer discute su plan con Dios (v.11-14). Antes de actuar, él ora: “Señor, haz que hoy tenga éxito”. Nada debe dejarse al azar. La esposa para Isaac debe ser la que Dios ha “destinado” para él (vs.14,44).



Día 8

Génesis 24:14-28; Salmo 37:4

Volvemos a observar al siervo de Abraham mientras cumple su misión: Eliezer ora – una oración silenciosa, una “oración del corazón con Dios” (comp. Gn. 24:42-45). Esto demuestra que lo pone todo en manos de Dios. ¿De qué sirven los mayores esfuerzos y preparativos, si Dios mismo no puede tomar las riendas? Justo esto es la preocupación de Eliezer. Que pida una señal no es para poner a prueba el carácter de la joven, sino para reconocer la voluntad de Dios. El “Amén” de Eliezer no ha terminado de resonar, cuando llega ella, “gran belleza”, “aún soltera, virgen” (v.16). Es literalmente así: “Antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído”, dice el Señor (Is. 65:24; comp. Is. 30:19b; 58:9a).

Eliezer aguanta la tensión. Después de que la joven había sacado agua y le había dado suficiente para beber, también abreva voluntariamente a todos sus camellos. Esto se lee fácilmente, pero no es tan sencillo. Un camello podía beber hasta 100 litros de agua. Además el mayordomo tiene varios acompañantes (Gn. 24:32,59b). Mientras tanto, Eliezer observa en silencio y permanece en contacto con Dios en su corazón (v.21). “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él” (Sal. 37:7a).

Eliezer expresa su alegría: Dios ha escuchado mi oración. Él dio éxito a mi misión. Antes incluso de preguntar por el origen de la joven, el viajero le obsequia valiosas joyas. “Los regalos reflejan la desmesura de su alegría” (C. Westermann).

Eliezer adora a Dios. La información sobre las relaciones familiares y la hospitalidad ofrecida de Rebeca le dan la certeza definitiva. “Bendito Jehová Dios, el Dios de Israel, Él único que hace maravillas” (Sal. 72:18).



Día 9

Génesis 24:29-49

Inesperadamente, Labán, el hermano de Rebeca, entra en escena. Probablemente se le destaca porque tiene voz y voto en el matrimonio de su hermana. Es posible que también sea el cabeza de la familia. Labán actúa con la misma rapidez que Rebeca. Él es servicial y hospitalario, pero no sin interés propio, sino motivado por la perspectiva de obtener beneficios económicos. Así lo experimentará años más tarde su sobrino Jacob (cap. 31:36-42). Pero Labán también reconoce que la bendición de Jahveh descansa sobre Eliezer.

“¡Ven, bendito del Señor! ¿Por qué te quedas afuera?” (v.31 NVI)
Preguntémonos: ¿Qué es lo que realmente caracteriza la convivencia en nuestros hogares y comunidades? ¿Podemos considerarnos unos a otros “benditos del Señor” y dar espacio? ¿No deberíamos hablar una y otra vez en nuestras conversaciones de la guía de Dios en nuestras vidas? (Comp. Hch. 9:27; 14:27,28; 15:3,4,12.)

El pastor y poeta Paul Gerhardt (1607-1676) escribió una canción de Adviento sobre Génesis 24:31 en 1653. Ahí nos presenta a otro bendito de Dios muy diferente: Jesucristo, a quien podemos invitar a nuestras vidas y a nuestros hogares:

“¿Por qué quieres quedarte afuera, bendito del Señor?

¡Qué te agrada entrar en mí, tú mi estrella!

Tú, mi Jesús, mi alegría, mi ayuda en el momento oportuno.

Ayuda, oh Salvador, a mi corazón a sanar las heridas que me duelen”.

Asombroso: Eliezer deja el banquete por el momento. Primero quiere cumplir su misión. Cuenta hasta el más mínimo detalle e incluye sobre todo la dimensión espiritual. Los demás deben poder comprender la historia y luego tomar su decisión ante Dios y la familia. Aquí no se presiona a nadie. ¡Cuánta confianza en Dios y serenidad hay en las palabras de Eliezer (v.49)!



Día 10

Génesis 24:50-61

Labán y Betuel confiesan plenamente la obra y las palabras de Dios: El Señor lo ha determinado así, y lo aceptamos sin reservas. Padre e hijo dan su consentimiento al matrimonio entre Rebeca e Isaac. El hecho de que Eliezer, abrumado por esta decisión, se incline ante Dios hasta tocar el suelo, demuestra, que la guía de Dios también necesita la confirmación de los hombres. Esto es especialmente cierto en el caso de las grandes decisiones de la vida. Quien se siente tocado por la voluntad de Dios, no solo necesita certeza personal, sino también asesoramiento espiritual y el acuerdo de las personas involucradas.

El procedimiento urgente de Eliezer puede resultar extraño. En cualquier caso, no correspondía a la costumbre oriental. Sin embargo, también en esta ocasión lo vemos centrado en Dios: versículo 56. Eliezer no quiere tolerar ninguna demora, ya que Dios ha prosperado su viaje. También tiene en cuenta la avanzada edad de su empleador. Eliezer quiere volver con él lo antes posible.

Martín Lutero ve en la actitud del siervo un modelo bíblico básico para toda persona que ha confiado su vida a Dios: “En las obras de Dios no hay que dudar ni demorarse, sino eliminar todas las conexiones y todo lo demás que pueda detenernos en la obra que hemos comenzado”. Cuando Dios nos llama, no debemos perder el tiempo. Leamos una historia del liderazgo en el Nuevo Testamento: Hechos 12:25-13:5.

La partida de la casa sucede tras la bendición de despedida y nupcial para Rebeca. Su familia la pone bajo la protección salvadora de Dios. En eso se perciben aspectos de la promesa hecha a Abraham (cap. 22:17): numerosos descendientes, la conquista de tierras e influencia a pesar de cierta resistencia.

Rebeca no viaja sola. La acompañan algunas sirvientas, entre ellas también su nodriza Débora, la “segunda” madre y confidente de Rebeca desde hace muchos años (cap. 35:8).



Día 11

Génesis 24:62-67; Salmos 4:4; 17:6

Entramos en un oasis en el sur de Israel, el Neguev, un desierto árido. El agua vital proviene del pozo subterráneo “Lajai Roí”. Es la región entre los lugares Cades y Bered. Allí se encuentran las tiendas del patriarca nómada Abraham. Y vemos a Isaac junto al pozo, a la hora de la oración vespertina, meditando.

Del versículo 67 podemos deducir que expuso ante Dios la dolorosa pérdida de su madre y que probablemente oraba también por el éxito de la misión de Eliezer. Pensemos en el lugar de oración “Lajai Roí” que traducido significa “Tú eres un Dios que me ve”. Aquí fue donde “el ángel del Señor” se encontró con su madrastra Agar. Aquí ella descubrió que Dios se preocupaba por su miseria, por lo que confesó: “Tú eres un Dios que me ve” (Gn. 16:13,14).

El encuentro de Eliezer y Rebeca con Isaac testifica la guía de Dios. Una vez más Eliezer cuenta cómo Dios le ha guiado amablemente su camino y ha tomado el destino de Rebeca en sus buenas manos. Bajo su protección, los dos vivirán como matrimonio y familia. No se mencionan los preparativos de la boda y la boda misma en sí. Por un lado se enfatiza que Isaac entrega la dirección de la casa a su esposa (Gn. 24:67a); por otro lado, que él se enamoró de Rebeca. Aquí, el énfasis está en el amor creciente de los cónyuges, en el amor que dura toda la vida.

“Por muy importante que sea el amor que lleva al matrimonio, más importante aún es que siga creciendo después de la boda” (J. H. Hertz).

Todos nosotros, tanto casados como solteros, necesitamos un amor duradero en nuestras relaciones. Lo que este amor promueve o destruye, lo leemos en 1.Corintios 13:4-8a.



Día 12

Génesis 12:4; 15:15; 25:1-18

Durante cien años, Abraham vivió como seminómada en la tierra de Canaán. Sobrevivió a Sara 38 años. En esta época se casó de nuevo con Cetura. Ella era su “segunda esposa” (1.Cr.1:32) y tenía una posición diferente a la de Sara. Esta última es la matriarca del pueblo de Israel, mientras que Agar y Cetura son las matriarcas de los pueblos árabes. Los hijos de las concubinas también ocupan una posición diferente a la de Isaac. De su descendencia vendrá el Mesías. Así lo ha determinado Dios (Gn. 25:11; 26:3-5). Sin embargo, el trato desigual de los hijos no debe ser un criterio para los seguidores de Jesús.

Abraham, el “amigo de Dios” (comp. 2.Cr.20:7; Stg. 2:23), muere en paz tras una vida plena. El capítulo 25:8 habla, además de la muerte, también del fallecimiento. La palabra hebrea expresa que la muerte interrumpe bruscamente la vida humana. La muerte, que acaba con la vida, “es una catástrofe que irrumpe en la creación de Dios” (H. Thielicke). Es consecuencia del alejamiento del hombre de Dios (Ro. 5:12; 6:23). La muerte rompe todas las relaciones.

Pero al mismo tiempo es un reencuentro con los que nos precedieron y la entrada a la inmortalidad. El mundo eterno de Dios es “el verdadero hogar del hombre” (S. R. Hirsch). Los amigos de Dios en el Antiguo Pacto y los hijos de Dios en el Nuevo Pacto pertenecen a la patria eterna. Aunque Abraham no conocía aún al Señor Jesucristo, esperaba con gran alegría su venida a este mundo (Jn. 8:56). Porque el Hijo de Dios vino “para salvar a los pecadores” (1.Ti. 1:15). Quien confía su vida a Jesús vivirá eternamente. Él dice: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto”? (Jn. 11:25,26).



Día 13

Génesis 25:19-24

Extraño, al igual que Sara, Rebeca tampoco puede tener hijos. Isaac se refugia en Dios y derrama su corazón ante Él. Ora por su esposa. Cuántas veces le habrá contado su madre de que es un “hijo milagroso” de Dios. ¿No podrá este Señor tocar también a su esposa y darles al tanto deseado heredero? Sí, Él puede. Y también lo hace. Pero diferente de lo pensado.

La paciencia se pone a prueba. A pesar de todas las oraciones, Rebeca no se queda embarazada durante mucho tiempo. A veces el Señor retrasa el cumplimiento de nuestros deseos y sus promesas. A veces no se cumplen nuestros anhelos. ¿Cómo afrontamos esto? ¿De qué manera puede ayudarnos el consejo de David en el Salmo 37:3-5,7a, a confiar en Dios, aunque aparentemente no escucha nuestras oraciones? Una cosa es segura: el amor de Dios por nosotros no cambia. Si estamos desanimados, podemos pedirle: ¡Dame hoy una señal de tu amor!

Al igual que Sara, Rebeca también queda embarazada. Pero hay complicaciones. La futura madre está inquieta, preocupada. Le cuenta a Dios su angustia. Y la pregunta universal brota de ella: ¿Por qué? ¿Por qué yo? Es bueno que expresemos todas nuestras preguntas ante Dios. Él responde. El Señor habla de un nacimiento gemelo y, al mismo tiempo, persigue sus planes de salvación para el mundo. Al igual que con Ismael e Isaac, ahora también se trata de dos descendientes, de los cuales surgirán dos pueblos. La determinación de que el mayor (Esaú) servirá al más joven (Jacob) es “una expresión por la libertad de acción de Dios, que no está sujeta a reglas humanas (comp. Ro. 9:12)” escribe un comentarista. Por lo tanto, el hermano menor Jacob debía recibir el derecho de primogenitura y la bendición correspondiente al primogénito. Con esto ya quedaron como “programadas” las mayores tensiones en la joven familia.



Día 14

Génesis 25:24-34

La diferencia extrema entre los dos hijos se hace evidente al nacer y en sus distintas características físicas. En consecuencia, se les da un nombre acorde. El nombre “Esaú” significa el “peludo, velludo”. Pertenece a la cultura cazadora, lleva una vida dura, duerme al aire libre y le encanta la independencia.

Su hermano gemelo recibe su nombre debido a una particularidad en el proceso del nacimiento. Jacob salió del vientre de su madre “sosteniendo el talón de su hermano con la mano sobre su cabeza” (F. Delitzsch). Su nombre significa “sostenedor de talón, suplantador, el que engaña”. Él es el tipo dócil, quieto, pacífico, que, como pastor, apacienta los rebaños de ganado menor en los alrededores de las tiendas. Mientras Esaú siempre está en el bosque, Jacob siempre se queda en casa. ¿Cómo habrá afectado este hecho la vida familiar? ¿Cuándo se pasa de la convivencia a la coexistencia, y finalmente, a la confrontación?

Es preocupante a inquietante evolución del matrimonio entre Isaac y Rebeca. Comienza en el corazón, se manifiesta en conversaciones y acciones. Si no se corrige, en el peor de los casos puede llevar a la ruptura de la relación: cada cónyuge aquí obviamente tiene su “favorito”. ¿Cómo deben tratar los padres, educadores, maestros, colaboradores en las comunidades, mujeres y hombres en puestos de liderazgo a las personas que les han sido confiadas? ¿Y qué deben aprender estas personas? (Comp. Ef. 6:18; 1.P. 5:1-7.)

Pronto se hace evidente la diferente, incluso opuesta, actitud religiosa de los hermanos Jacob y Esaú. Ambos son culpables. Jacob, quien tiene la mirada puesta en el futuro, se aprovecha sin escrúpulos y de forma egoísta de la debilidad de Esaú, y lo presiona. Y Esaú vende su derecho de primogenitura por una comida que devora en pocos minutos. Esaú se deja dominar por su codicia, trata con extrema ligereza la ley de herencia, es más, la desprecia.

¡Tratemos con cuidado nuestra posición como “primogénitos” en Jesús (He. 12:23) y los dones de Dios!



Día 15

Génesis 26:1-6

Al igual que su padre Abraham, Isaac también se trasladó a Egipto, el granero de aquel tiempo, por la hambruna. Durante una escala con el rey filisteo en Gerar, el Señor le detiene para que no se traslade a Egipto (“Abimelec” es un título de rey, no un nombre.) Dios frustra el plan de Isaac: “¡No descendas ... quédate ... habita como un extraño en esta tierra!” Cuando el Señor dice *no* a uno de nuestros caminos, no quiere achicarnos, sino bendecirnos. Su amor, su Sí para nosotros es grande y fuerte: Yo estoy contigo y te bendigo. La cercanía de Dios, su protección, su bendición nos dan la fuerza para obedecerle. Y no estamos solos en este camino. Hay modelos a seguir en la fe. En el caso de Isaac, fue su propio padre, de quien el Señor da testimonio: Abraham “oyó mi voz y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes”. ¿Cómo es posible, si Abraham aún no conocía los mandamientos y la ley? La solución es: quien vive confiando en Dios, cumple la ley. Hace lo que Dios dice. Porque ha interiorizado la palabra del Señor en su corazón a través de su estrecha relación con Él.

Llama la atención que la bendición prometida a Isaac sea consecuencia de la obediencia de Abraham (v.5: “por cuánto” o “por eso”). La bendición de Dios no puede “ganarse”. Es innecesaria. Es regalo. “Las promesas fueron concedidas a Isaac por gracia” (H. Bräumer). Aunque la bendición de Dios no esté disponible y es un don gratuito, aún podemos pedirle a Dios, como lo hizo Jabes (1.Cr. 4:10). Oremos también por la bendición de Dios para los demás: Números 6:23-27.



Día 16

Génesis 26:7-17

La bendición de Dios y sus bondades quieren hacernos fuertes para resistir al pecado. Pero, cómo suele suceder: ¡acaba de ser obediente (vs.2,3a,6) y ya se ha descarriado! Isaac reniega de su matrimonio y recurre a medias verdades. (Comp. Gn. 20:2,10-12.) Como Rebeca es pariente suya, puede referirse a ella como su “hermana”. Así Isaac permanece desconocido como esposo y escapa de un posible intento de asesinato por los hombres del lugar. Por temor a perder la vida, Isaac les engaña. La confianza en Dios y el miedo de perder la vida pueden estar muy cerca uno del otro. ¿Cómo se refleja esto, por ejemplo, en Mateo 14:22-33 y en qué consiste la ayuda, también para nosotros hoy en día?

Qué vergonzoso debió ser para Isaac el comportamiento de un pagano: el rey lo confronta y señala su injusticia. Y le concede generosamente su protección incondicional. La amenaza de castigo en caso de adulterio de parte de su pueblo, es implacablemente dura. Este pagano valora el matrimonio más que Isaac. Avergonzado y convencido de pecado, Isaac recibe la bendición de Dios como nunca antes (Gn. 26:12-14). “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Mi.7:18). En tiempos de sequía, Isaac obtiene la máxima cosecha, “así lo bendijo el Señor”.

Y ya aparecen los envidiosos. “La envidia no permanece noblemente oculta, sino que encuentra una expresión típicamente humana: a Isaac ‘se le ha cortado el agua’”, escribe un comentarista. “Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación (o confusión) y toda obra perversa” (Stg. 3:16). ¿Hay experiencias positivas en nuestra vida con Jesús en las que hayamos superado la envidia (personal o experimentada)?



Día 17

Génesis 26:15-22

Mientras tanto, Isaac acampa en el valle Gerar. Abimelec lo ha expulsado por miedo; “porque mucho más poderoso que nosotros te has hecho” (v.16). El temor no es un motivo especialmente útil para actuar, pero al menos la solución es relativamente pacífica. Una separación oportuna en paz puede limitar una escalada inminente. (Comp. cap. 13:8,9; Hch. 15:36-40).

Para Isaac, su gente y sus enormes rebaños, se trata ahora de una cuestión de pura supervivencia. Los pozos de agua están tapados. Isaac los vuelve a poner en funcionamiento. Entonces surge el siguiente conflicto: mientras cavaban en busca de agua, los siervos de Isaac se topan por sorpresa con un manantial, que captan en dos pozos. De nuevo hay disputas. Esta vez, los pastores de Gerar se enfrentan a los pastores de Isaac. En consecuencia los pozos reciben su nombre. Es digno de mención el nombre del segundo pozo: “Sitna”. En el lenguaje original del Antiguo Testamento, este nombre está relacionado con el término “Satanás” o “Adversario”. Por tanto, el pozo es entonces un lugar de la “hostilidad”.

¿Qué hace Isaac en esta adversidad? No contraataca, no ofrece a los oponentes un objetivo para atacar, sino que sigue adelante. Y logra que su gente le siga por este camino.

Una vez más cavan otro pozo: “Rehobot” lo llaman, “lugar espacioso”. Un suspiro de alivio recorre las filas. No hay ataques ni hostilidades. Por fin vuelven la calma y la paz.

Hay conflictos que no debemos eludir, que debemos resolver (Gn. 26:10,11; 21:25-32). Pero también existe la otra posibilidad, de que sea correcto el tomar distancia y ceder. Señor, “me gozaré y alegraré en tu misericordia, porque has visto mi aflicción; has conocido mi alma en las angustias. No me entregaste en mano del enemigo; pusiste mis pies en lugar espacioso” (Sal. 31:7,8).



Día 18

Génesis 26:23-33

Isaac ha adquirido una nueva perspectiva de la vida. Agradecido testifica: “Ahora Yahveh nos ha dado espacio libre, para expandirnos por toda la tierra”(v.22b trad libre). Se establece en Beerseba, el lugar donde su padre había hecho un pacto con el rey de Gerar.

Isaac busca el lugar de acuerdo y de la oración: Génesis 21:33. Si Abraham había plantado allí un tamarisco siempre verde, Isaac construye un altar. Su relación con Dios y su diálogo con Él deben ser vivos y fuertes. ¿Pero qué serían el tamarisco y el altar, sin la palabra del Dios viviente? Él dice: “¡No temas, porque yo estoy contigo!” El: “no temas” en el contexto bíblico no es un frío mandato, como diciendo: “contrólate”. En el “no temas”, el Dios viviente y santo nos asegura su cercanía, su paz, y ayuda, su consuelo. (Comp. Dt.31:8; Jue. 6:22-24; Is. 41:10; Hch. 18:9,10.)

De repente, el equipo de gobierno de Gerar aparece ante Isaac en Beerseba. (Ahuzat y Ficol son probablemente títulos oficiales, como Abimelec.) Solicitan un tratado de paz ratificado por juramento, ya que no están seguros de tener el control; pues el Dios de Isaac es un Dios poderoso. Es sorprendente el testimonio que le dan a Isaac. No es así: tú eres el héroe del año, sino: “... tú eres un bendito del Señor”. Los tres han reconocido a Dios y su obra. La bendición de Dios ha dejado huellas visibles en la vida de Isaac. Y éste retracta su pronunciada ofensa (Gn. 26:27) y los invita a un banquete. También el pozo del “juramento llamado Seba”, excavado más tarde, recuerda la nueva comunidad bajo el signo de la paz.


